

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—No os extrañe, chicas; es que venimos varios amigos con provisiones para quince días, y yo, desde que tuve la gripe, estoy a leche...

Dib. GARRIDO. Madrid

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

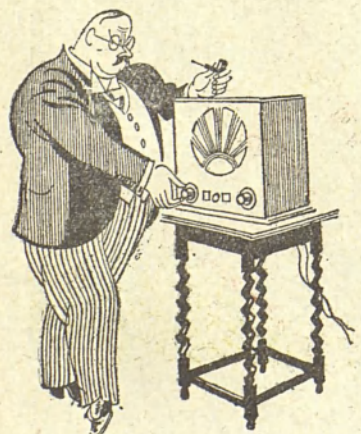
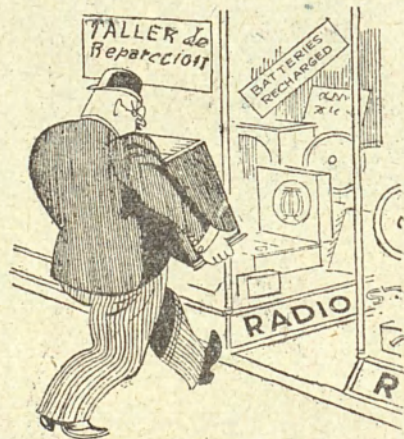
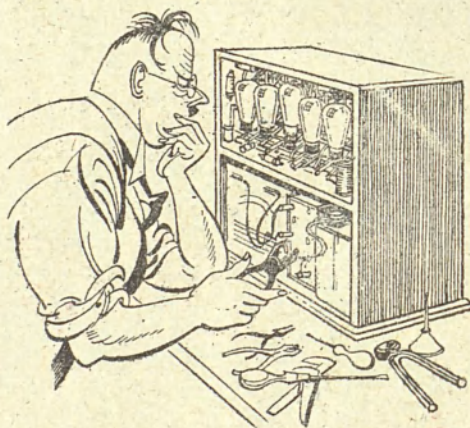
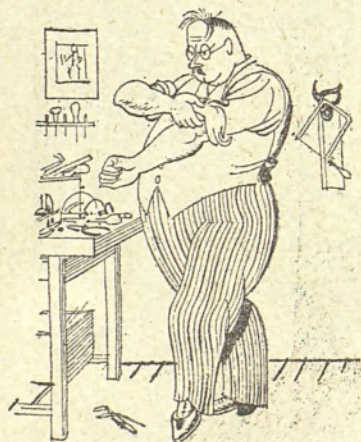
ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



El hombre que se decide a reparar un aparato de radio.

(De The Passing Show.)

Ayuntamiento de Madrid

22.

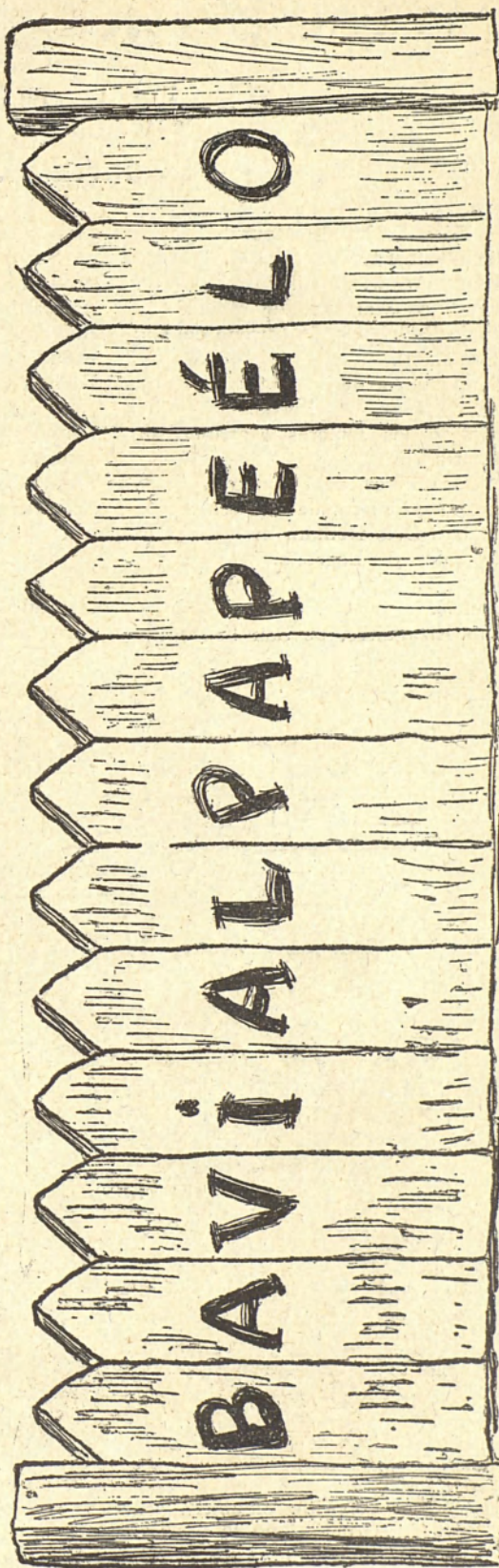
Nuestros Concursos

EL DEL MES DE DICIEMBRE

¡Ojo, señores! Nos encontramos a la vista del tremebundo concurso correspondiente al último mes del año, al mes de diciembre, como ya se habrán dado cuenta. Se trata de lo siguiente: En una céntrica calle de esta Muy Heroica Villa, existía hace años una valla de madera muy semejante a las demás vallas de madera. Pero ésta tenía la particularidad que una mano desconocida, al par que mugrienta, había escrito una frase que pronto se hizo popular y frecuente. Al edificarse el solar a que pertenecía la valla, ésta fué desmontada. Las maderas fueron vendidas, y al cabo de los años, acopladas a otro solar, donde actualmente presta sus servicios en la forma que ustedes ven. Ahora bien, el letrero famoso y popular, estaba de la forma que pueden contemplar a la derecha. Si alguno de nuestros lectores y lectoras recortan, reconstruyen y nos envían el letrerito, se llevarán una alegría, al par que

100 PESETAS

que, como de costumbre en nosotros, constituyen el premio de concurso presente. ¡Ah! El concurso se cierra para siempre el día de San Silvestre, 31 de diciembre, a las doce menos cuarto de la noche, para que nos dé tiempo de ir a la Puerta del Sol a comer las uvas.



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE NOVIEMBRE

Cuarta lista de solucionistas

José Sáez Soria, de Madrid.
León Cembrano, de Madrid.
Mirentzo Aznar, de Bilbao.
Carmen A. Martínez, de Madrid.
Antonio Rodríguez, de Lucena del Cid (Castellón).
Pedro Gallego, de Tetuán.
C. R. y Rico, de Oviedo.
María de los Dolores Martínez, de Madrid.
Francisca Pérez, de Peñarroya.
Remedios Cordero, de Zamora.
Francisco Orts Román, de Madrid.
Julio Ruiz, de Logroño.
Joaquín Luengo, de Ampuero (Santander).
Corito Eizaguirre, de San Sebastián.

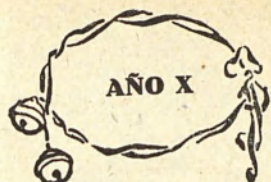
María Teresa Rovira, de Reus.
A. Serrano, de Aranjuez.
M. Gómez P., de Peñarroya.
Antonio Fidalgo, de Sevilla.
Anita González, de Barcelona.
Fernando Muñoz, de Pamplona.
Ramón Chasco, de ídem.
Julio Ayuso, Puente de Vallecas.
Horacio Gómez, de Madrid.
Juanita Cano, de Madrid.
Fernando Gamoneda, de Madrid.
Pedro Soria, de Madrid.
Enrique Soria, de Madrid.
Román Moneo, de Tetuán.
David Benataí, de Tetuán.
Manuel Ruiz, de Jerez.
Fernando Muñoz, de Oviedo.

Josefa Fortís, de Reus.
María Victoria Iniesta, de Madrid.
Elvira Ramírez, de Miraflores.
Antonio Azcarrete, de Bilbao.
José Luis Manzanaro, de Madrid.
Lali Adnorrasu, de Valencia.
Domingo Bretones, de Madrid.
Guillermo Fernández, de Albacete.
María del Carmen Serrano, de Madrid.
María Luisa Arenillas, de Madrid.
Carlos A. Rico, de Oviedo.
Fernando Moreno, de Logroño.
Gaitán de la Cruz, de Madrid.
Mora, de Bilbao.
Ignacio Martínez, de Bilbao.
Manuel González, de Madrid.



—Señorita, dígame... señorita, respóndame... ¿Tiene usted la bondad de aceptar algo caliente?
—Gracias; no lo preciso. Hace más de una hora que me está usted haciendo sudar.

(De Le Rire.)



DE MI EXPERIENCIA DE LA VIDA

MEDITACIONES SOBRE HECHOS CIERTISIMOS

Muchas veces, queridos lectores, el tragarse una aguja no es tan peligroso como ustedes se figuran.

Porque aquí me tienen ustedes a mí, que hace escasamente mes y medio me tragué, no una, sino dos agujas, y todavía me acuerdo con placer del lance.

Bueno es advertir que eran dos agujas de ternera, pero el caso es que me las tragué, que es lo que yo quería decir en demostración de que no hay peligro ninguno en hacerlo.

Obsequiar a un mono con tres copas de coñac, es una infamia.

Porque es obligar al mono a coger una mona que no le va a servir para nada.

En innumerables ocasiones he oído decir, a personas cultas y bastante formales, que hay por el mundo muchos negros que se visten de blanco.

Pero juro con toda mi energía que esa afirmación es una monstruosidad calumniosa.

Un negro puede ponerse un traje blanco; eso, desde luego, y le reconozco tal derecho.

Pero que un negro se vista de blanco, es imposible, y me juego la cabeza con el que diga lo contrario.

Unos calzoncillos perdidos en la calle es lo que da más exacta idea de lo distraído que puede ir un hombre en algunas ocasiones.

La pluralidad de los mundos sólo es un hecho cierto en los establecimientos donde se venden baúles.

En las mudanzas de la Historia sucede a veces que un pueblo oprimido puede armarse con facilidad. En cambio, no puede desarmarse así como así, porque un pueblo oprimido no es una cama de hierro, que se

desarma en todas las mudanzas sin discusión.

A las enfermedades no hay que darles más importancia de la que tienen, porque eso ofende a Dios.

Por ejemplo, el que tiene un asientito y se va a la cama, exagera la cosa y se expone a un castigo de la Providencia.

El amor de los padres es lo más dulce que existe.

Ahora bien: si los padres son padres capuchinos, no hemos dicho nada.

El hombre generoso ha de dar lo que le es más difícil de dar cuando se lo pide un semejante.

Por eso no es generoso el millonario que da cinco pesetas.

Y tampoco el boxeador que da un puñetazo.

El príncipe consorte que, después de una revolución, seguida del consiguiente destierro, acaba siendo camarero de un bar, es natural que eche café con más energía que nadie.

No os fiéis del que trate de haceros ver que es de noche, siendo las doce de la mañana.



Dib. SILENO. Madrid.

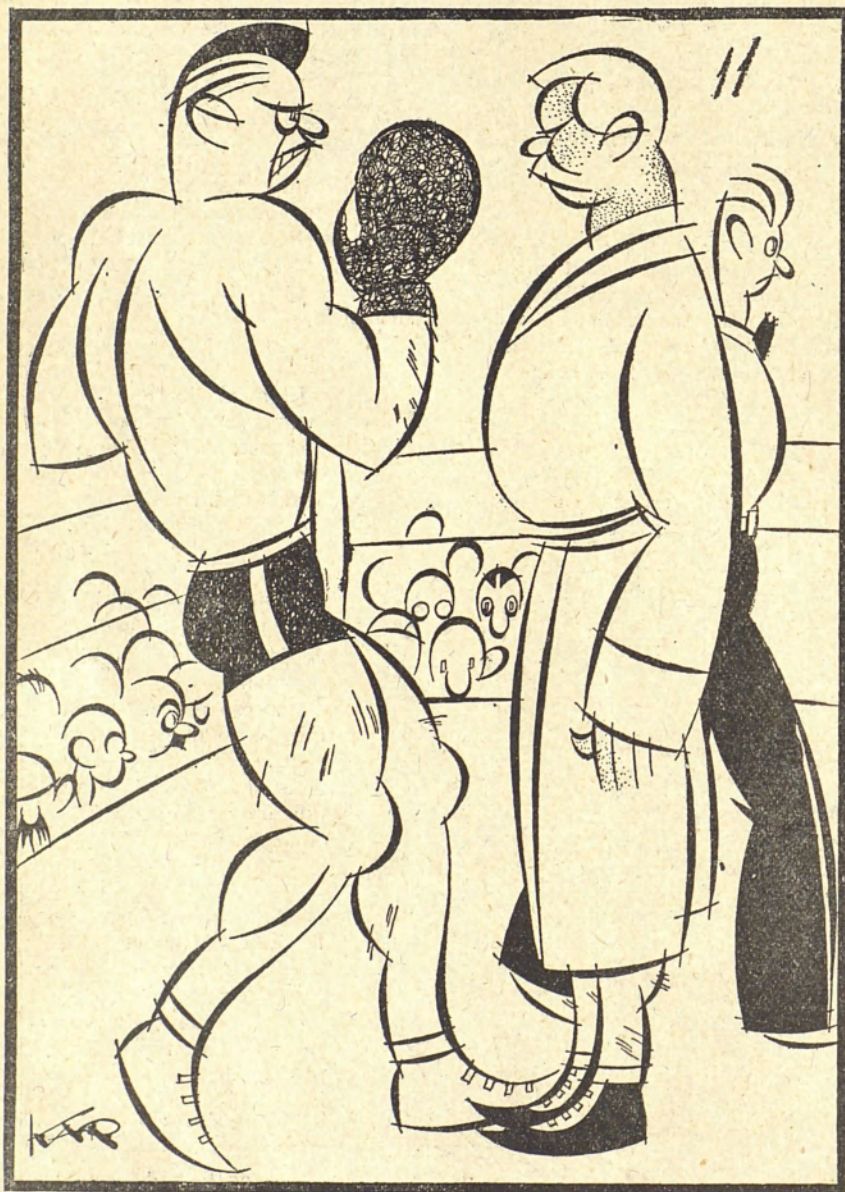
Pensad que eso es imposible. Y estad seguros de que si alguna vez, de noche, saliera el sol, sería de día inmediatamente.

La mujer que se enamora de un

guardia de seguridad, ama a la fuerza.

Por muy a gusto que ame, que eso no lo dudamos.

Empeñarse en dar lecciones de ca-



—¿Conque le dijiste ayer a mi novia que no se lavaba la cara? ¡En cuanto terminemos el *match* te hago trizas.

Dib. KAR. Valencia.

talán a un sordomudo, es perder el tiempo lastimosamente.

En ninguna iglesia del mundo debieran utilizarse velas que no fuesen de cera virgen.

¿En qué consistirá el hecho probadísimo de que la mayoría de los domadores de elefantes son ateos, y, sin embargo, la mayoría de los ateos no son domadores de elefantes?

A enemigo que huye, frases feas dedicadas a su árbol genealógico... El puente de plata hay que ponerlo precisamente al enemigo que no huye, para ver si así agradece nuestra delicadeza y se vá sin atizarnos una bofetada.

Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, vete quitando el cuello y la corbata, porque después te tocará a ti y así ganas algo de tiempo.

El dolor de estómago suele no curarse cuando le visita a uno un médico; pero, en cambio, se cura siempre si le visita a uno un pollo.

Dicho se está que el pollo debe ser tierno y, sobre todo, debe ser asado por una buena cocinera; pero, verificándose ambas agradables casualidades, el estómago se le queda a uno como un reloj y no vuelve a dolerle más.

Y si vuelve a dolerle, visita de otro pollo y arreglado.

Y así sucesivamente.

ERNESTO POLO.



NOCHEBUENA.—por SAMA



El enamorado.—¡Pero qué mala suerte tengo! ¡Vamos, lo estoy viendo! Cuando ella venga ya no se verá ni el paraguas, y creará que no he venido.

Dib. FUENTE. Madrid.

MI VIAJE EN EL "A-12"

Arrastradas por una amabilidad abrumadora, numerosas personas empezaron a interesarse por mí. Constantes visitas en mi despacho, el metálico timbre de la puerta repiqueteando sin cesar, muchas gentes en el dintel, en espera de ser recibidos...

El panadero, el casero, el lechero, el zapatero, el verdulero, el dueño de la tienda de comestibles que nos proveía de productos alimenticios, el mueblista y el sastre, al ver que yo no podía pagarles sus cuentas, sintieron vivaces deseos de entrevistarse conmigo.

Quizás por ser yo hombre retraído, en mi ánimo surgieron ideas de alejamiento... Freud ha dicho que si buceamos sobre las causas subconscientes que obligan al hombre a emprender grandes viajes, siempre tropezaremos con que la peregrinación es debida a que no puede abonar las facturas que le presentan al cobro... Así, de súbito, experimenté deseos de dedicarme a explorador... Sin duda, yo debiera realizar un gran viaje... ¿La Palestina? ¿El Polo Norte? ¿La India inglesa?

Por desdicha yo carecía de fondos para realizar una extensa excursión. Tuve, pues, que conformarme con hacer un modesto traslado de barrio... El cambio de aires conviene a la salud... Y con tal objeto, emprendí mi viaje en el «A-12».

¿Descripción del «A-12»? El «A-12», pintado de amarillo, estaba compuesto por ocho ruedas, un trole, diez y seis asientos y dos plataformas con sendos motores. El «A-12» era un tranvía de la línea «Argüelles-Hermosilla».

Los atentos visitantes, que aguardaban mi salida, no permitieron que partiese yo solo. Tozudamente, se obstinaron en acompañarme todos durante la excursión. Así, monté en el vehículo, seguido por el panadero, el casero, el lechero, el zapatero, el verdulero, el dueño de la tienda de comestibles que nos proveía de productos alimenticios, el mueblista y el sastre.

Por partir el tranvía con las plataformas abarrotadas, uno de mis acreedores, el casero, que viajaba col-

gado en el estribo, se estrelló contra una columna de hierro. Al verle despanzurrarse, deploré:

—Lamento que deje usted de acompañarme tan pronto, caballero.

Con lentitud sobre su vía estrecha, el vehículo atravesaba calles, plazas y plazuelas. Unos viajeros dialogaron:

—¿Conocen ustedes cuál es el origen de que se denominen «cangrejos» los carruajes de esta clase?

—Quizás por marchar despacio...

—Acaso por parecer que andan hacia atrás...

—No. El nombre se debe a que antiguamente estos vehículos iban pintados de rojo.

—Profunda verdad la de que uno se ilustra viajando—adujo el mueblista—. Hoy he aprendido una cosa que ignoraba.

De súbito, el verdulero, que leía un diario, ordenó:

—Conductor, pare usted... No puedo continuar aquí... Según acabo de

ver en el periódico, esta noche se celebra el estreno de un drama en verso del afamado poeta señor Repólez... En cuanto se anuncia la primera representación de una obra de tal autor, viene un extraordinario aumento de ventas en todas las verdulerías de Madrid. Mis dependientes no pueden dar abasto a servir al público. Por ello, corro a ayudarles.

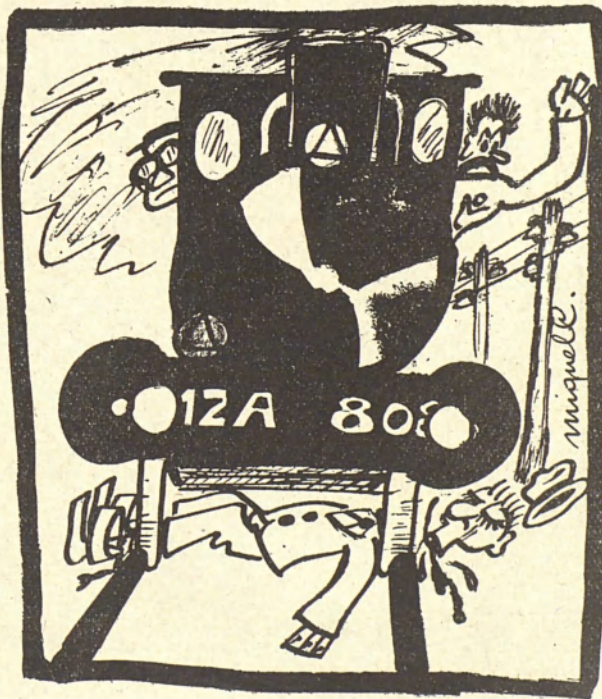
Al apearse en la primera parada, desee al verdulero:

—Adiós, señor mío. Que despache usted mucho.

—Gracias por la buena intención—me replicó, alejándose apresurado—. Ante el acontecimiento, hoy se me agotarán las existencias.

Subían y descendían del vehículo diversas gentes.

Alegando que no podían seguir allí más tiempo, el panadero y el dueño de la tienda de comestibles abandonaron el carruaje, para encaminarse hacia sus establecimientos, pero no sin recomendar al resto de mis acompañantes el que no perdieran mi pista.



—¡Idiota! ¡No ves que la máquina es más dura! Yo te aseguro que no la vuelves a hacer.

Dib. CORREA, Madrid.

El sastre me anunció de pronto:
—Con sentimiento, voy a dejarle. Acabo de distinguir en aquel café de enfrente a un desvergonzado sujeto, que es deudor del importe de seis trajes y dos gabanes, cuyo rastro había perdido definitivamente. Como usted tan sólo me adeuda el valor de tres ternos y un sobretodo, prefiero perseguir a aquel cínico. Ya lo dice

el refrán: Baza mayor, quita menor...

—¿Observa usted cómo a todo hay quien gane?—objeté a mi sastre, estrechándole la mano con toda finura.

Siempre se conducen los tranvías por el camino más recto y corto. El recorrido de la línea «Argüelles-Hermosilla», por el contrario, ha sido trazado con muchos zis-zás, con

grandes vueltas y revueltas, como si su única finalidad fuese la de consumir gran cantidad de carriles, cables y postes. Se da el caso de que los vehículos pasan dos veces casi por el mismo sitio...

A fe que no todo el mundo tiene nervios capaces de soportar tan dilatada marcha. Así, el mueblista y el zapatero, declarándose vencidos, abandonaron el «A-12» cuando aun quedaba bastante trecho para llegar al final.

Sólo permanecía ya junto a mí el lechero, hombre más testarudo, sin duda. Pero también tal sujeto se marchó del vehículo al oír conversar así a dos mujeres:

—¿Te has enterado de la avería que hay en el Canal?

—Sí, chica. En todo Madrid se carece de líquido para beber y asearse.

—¡Espantoso!—murmuró el expendedor del producto lácteo—. ¡En qué terrible embrollo me veo!... En efecto con esa falta absoluta de agua, ¿cómo me voy a arreglar para servir hoy la leche a la clientela?

Y sin siquiera esperarse a la primera parada, el lechero se lanzó del tranvía en plena marcha, al objeto de solucionar el difícil problema planteado.

Llegué, pues, al final, libre de perseguidores... En lo sucesivo, no recibiría más sus pegajosas visitas. Mis acompañantes, por unos motivos u otros, fueron incapaces de realizar el viaje completo en el «A-12». ¿Qué no es para envanecerse por haber cubierto de un tirón el recorrido entero de la línea «Argüelles-Hermosilla»? (He aquí, para refrescar la memoria, señalada la larga marcha de tal tranvía: Alberto Aguilera, Glorieta de San Bernardo, Sagasta, Glorieta de Bilbao, Luchana, Plaza de Chamberí, Cisne, Zurbano, Argensola, Fernando VI, Plaza de las Salesas, Conde de Xiquena, Prim, Barquillo, Alcalá, Cedaceros, Carrera de San Jerónimo, Plaza de Cánovas, Antonio Maura, antigua de Alfonso XII; Puerta de Alcalá, Serrano, Conde de Aranda, Lagasca y Hermosilla.) Como me hallo bien cierto de que, antes que yo, nadie ha sido capaz de efectuar en una tirada tan prolongado recorrido, desde entonces me considero campeón del mundo en resistir viajes ferroviarios.

LUIS ESTEBAN.



La optimista.—¡Oh, el matrimonio! Es como un hermoso viaje en aeroplano. Se parte, se remonta, se llega casi hasta el cielo.

La pesimista.—Y cuando llega la catástrofe, ninguno de los dos tiene paracaídas.

Dib. ENCISO. Madrid.

LA HISTORIA DE DOÑA LINA Y "WHISKY"

Esta historia, como otras muchas —¡cuántas, Dios mío!—, se escribe mojando la pluma en la abnegación de un perro.

Un perro cuyo cadáver pesa sobre mí atormentadoramente.

Si yo, en vez de ser un pobre hombre con el alma gelatinosa, hubiera matado oportunamente a mi mujer, a estas horas *Whisky* movería aún su rabillo cordial.

No fué así. Ya es tarde para rectificar. ¡Oh, si fuera tiempo!... Si fuera tiempo, no estaría yo escribiendo esta dolorosa historia dentro de unas zapaillas. ¡Qué pena!... ¿Verdad?

I

Whisky era un perro de raza incierta. Sus padres, cuando lo engendraron, no habían leído al doctor Juarros. Tampoco se había establecido el certificado prematrimonial.

Así fué como *Whisky* vino a este mundo, con el extraño pergeño que puede obtenerse de estructurar un terranova y un bassé. El terranova era el padre. El bassé, la madre. *Whisky* se llevó del primero su alta talla, y de la segunda, la zambicie y parquedad de pelo.

Encontré a *Whisky* en el quicio de mi portal una noche de invierno. Dormía. Yo había leído muchas cosas sobre los perros. Sobre la bondad, el cariño y la abnegación de los perros. Unos cuarenta volúmenes. Me dió lástima y me lo subí a casa.

Desde el primer momento *Whisky* dió pruebas de gran inteligencia. Recibía con atroces ladridos la oscura visita del carbonero. Masticaba la colcha horas y horas. Y cuando se la pedía, me alargaba la pata derecha, como un diplomático.

A los dos meses de convivir éramos buenos amigos.

Vivíamos modestamente con el importe de mis cuatro mil pesetas solteras. Quizá demasiado modestamente. Alguna vez, las claras pupilas de *Whisky* me trajeron este juicio suyo: —Me parece que no has resuelto la vida de un modo muy brillante. Cuatro mil pesetas es poco dinero, tal como están las cosas.

Sin embargo, éramos felices.

Y lo seguiríamos siendo si un día el amor no se hubiera cruzado en nuestro camino...

II

El amor fué doña Lina.

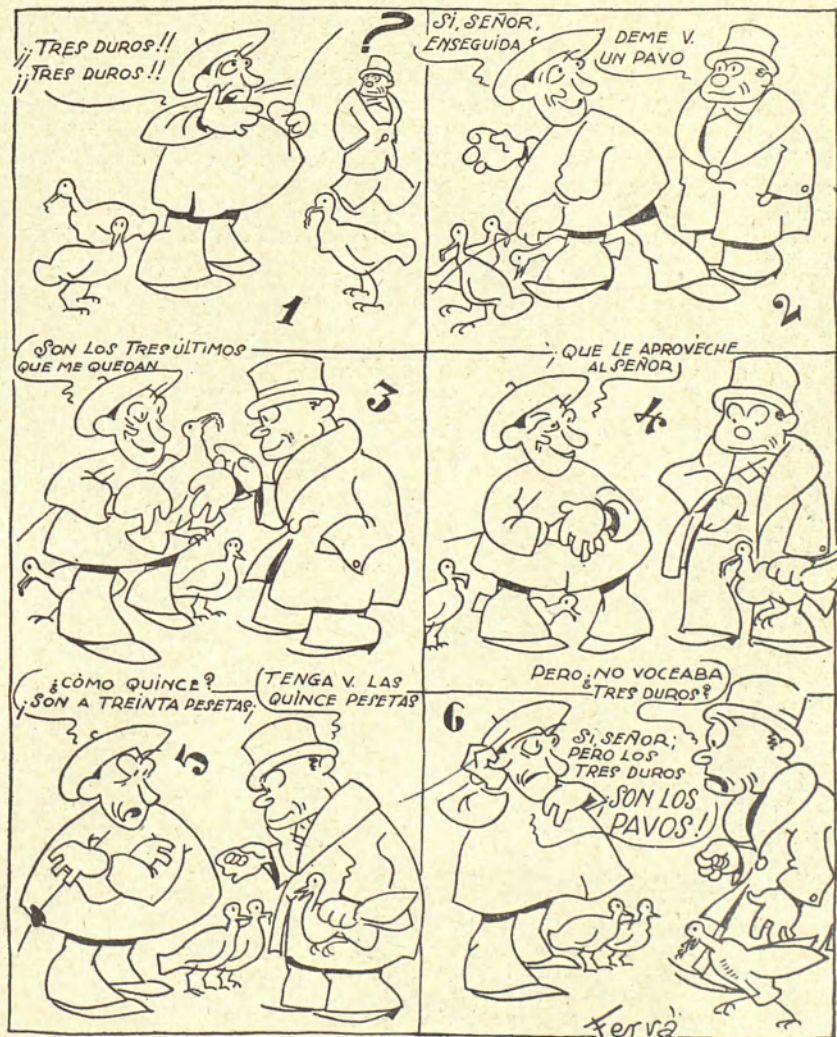
Oriunda de rica familia provinciana, doña Lina había llegado a escamotear estómagos y abdómenes mediante una faja de su invención. «FAJA LINA. ¡ESBELTEZ, SALUD, OPTIMISMO!» Así se ofrecía a la apetencia de las gentes.

Doña Lina poseía un alma blanca y aseada, en la que ardía ininterrum-

pidamente una aspiración estética. Por esto, cuando, ya en bata y con el azahar de la ceremonia entre alcanfor, vió a *Whisky*, exclamó, crispada: —¿De dónde has sacado este chuchito!

Y fué en vano que yo pretendiera llegar hasta su corazón por sendas de sentimentalidad. Ella, en su estetismo intransigente, de provincia, rechazó:

—¡Oh, es una birria!... ¡Parece el perro de un albañil! ¿Acaso ignoras que hoy no se llevan los perros altos? Yo quiero un perro chiquitín, ¡muy chiquitín!, no esa jirafa patituerta. Creemos que los perros no entien-



LA COMPRA DEL PAVO, por FERVA.

den nuestro lenguaje, y por eso aventuramos delante de ellos todo género de conceptos. ¡Qué bárbaros! Los perros nos entienden perfectamente.

Por eso *Whisky*, desde el mismo instante en que doña Lina fulminó contra él su anatema, buscó la soledad y el olvido, presa de horrenda melancolía.

Había en su retraimiento no sólo una ratificación de su fealdad y de su inactualidad, sino también un deseo vivísimo de no herirme a mí por tabla. Quería evitar entre doña Lina y yo un divorcio espiritual peligroso. Se veía que el desdichado pensaba:

—Soy feo, soy feo. Y, más que feo, excesivamente alto para este siglo. Doña Lina tiene razón.

Y se comprendía claramente que si de él dependiera, se disminuiría de un modo razonable su talla.

El pobre era así de comprensivo y bondadoso.

III

Un día doña Lina planteó la cuestión como la plantean las mujeres y los gobiernos conservadores:

—¡Supongo que ese bicharraco no seguirá en casa toda la vida! ¡Te he dicho que quiero un perro chiquitín!

Harto de aquellas impertinencias, afronté la situación rectilíneamente.

—Seguirá todo el tiempo que a mí me plazca.

—¿Sí?

—¡Sí! ¡Caray!

—Pues entonces la que se marcha soy yo.

—Si es tu gusto...

No pude terminar la frase y poner «telón». *Whisky*, que había presenciado el incidente desde debajo de la cama, salió como una flecha, llegó hasta mí, se levantó sobre las patas traseras, me lamió la cara y huyó escaleras abajo.

—¡*Whisky*!—llamé—. ¡Ven aquí! ¡Sube!...

Pero no me hizo caso.

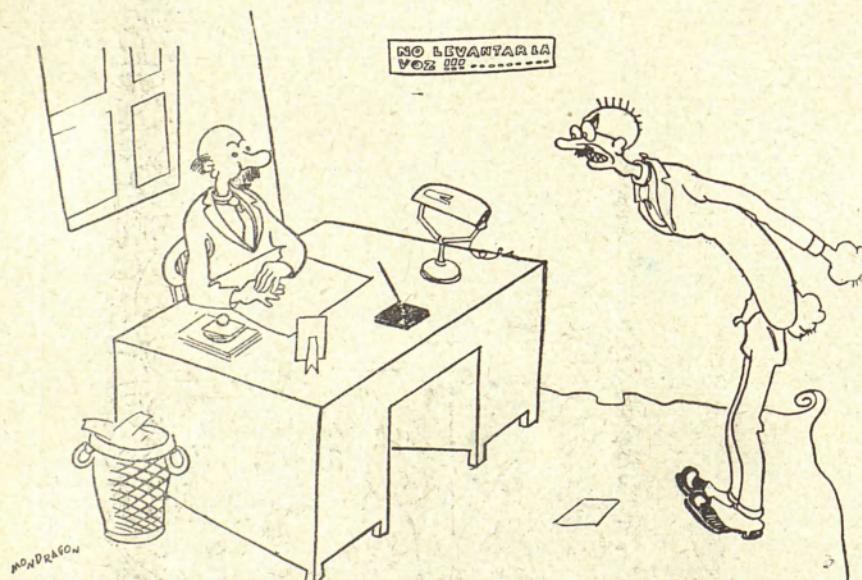
Me asomé al balcón. Grité como un energúmeno:

—¿Has oído, *Whisky*?... ¡¡Arriba ahora mismo!!...

El desdichado perro volvió la cabeza, me miró dulce y agradecidamente... y siguió corriendo. Me retiré del balcón y abordé a doña Lina:

—¡Sobre tu cabeza caerá la responsabilidad de todo esto, doña Lina! *Whisky*, lo conozco, va a hacer algún disparate.

—¿Has visto si llevaba armas...? —me preguntó con ironía estúpida.



—¿Qué diría usted si yo le llamara idiota?

—Le rompería la cabeza.

—¿Y si lo pienso y no se lo digo?

—El pensamiento es libre.

—¡Vaya! Pues me alegro saberlo.

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.

—No las llevaba, pero...

—Puede utilizar el viaducto, ¿verdad?...

—¡Quién sabe!

IV

Cinco minutos después oí ladrar en la escalera.

—¡Es *Whisky*!—exclamé, loco de alegría.

Corrí a la puerta. La abrí... ¡¡Horror!!...

Allí estaba el bueno de *Whisky*; es decir, la cabeza, el lomo y el rabo de *Whisky*... Las cuatro patas habían sido seccionadas casi a ras del cuerpo... Sólo conservaba de ellas unos muñones diminutos...

Al verlo, lancé un alarido de espanto.

—¿Dónde has dejado las patas, *Whisky*?... ¿Qué te ha pasado, pobrecito?...

Mis gritos atrajeron a doña Lina.

Whisky, al verla, dió un trotecito, la miró fijamente, fijamente, como pidiendo que le dijera algo, algo agradable que él se esperaba... A pesar del dolor que debía de sentir, sus pupilas eran blandas, esperanzadas, casi alegres. Y su rabo, excesivamente largo para su actual estado, serpenteaba, alborozado... Aun tuvo energías para intentar otro trotecillo... Y cayó.

V

—¿Qué ha sido..., un atropello? —preguntó doña Lina. (FAJA LINA. ¡ESBELTEZ, SALUD, OPTIMISMO!)

—¡Pero no comprendes aún, grandísima idiota!... Ha sido un asesinato, ¡un monstruoso asesinato! *Whisky*, harto de sufrir tus vejaciones y deseo de llenar tu arbitrario capricho, se ha sacrificado. ¿No querías un perro chiquitín?... ¡Pues ahí lo tienes! ¡*Whisky*, para ser chiquitín, ha metido sus cuatro patas debajo de un tranvía!

VI

Yo he consentido que sucediera todo esto. ¡Yo!

Y, además de consentirlo, pasaré por la Administración de BUEN HUMOR a cobrar este cuento.

¡Qué mi-se-ra-ble!

L. PIETAIN.

EL FINAL DEL EMBARGO

(PARA CUANDO SE CELEBRE EL CENTENARIO DE DON
JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN)

Yo era juez en un pueblo de la provincia de Extremadura.

Una mañana fui en persona, con el alguacil, a embargar a un señor.

Llegamos a una casa baja, de una sola planta, de pobre aspecto y suciedad manifiesta.

La puerta, cerrada a nuestra primera llamada, era algo así como los ojos del hombre que va a despertarse, pero que aún no se decide.

A nuestro segundo aldabonazo, más violento, respondió, en el interior de la casa, un rumor de pisadas y fuertes toses. Después lentamente se fué abriendo la puerta.

Ante nuestros judiciales y atónitos ojos se presentó un hombre joven, de unos treinta y cinco años, moreno y extremeño, bastante bien maquillado.

Con una mano en el corazón y la otra levantada a la altura de los ojos, entornando éstos en un gesto de sentimentalismo miope, retrocedió un paso y nos dijo:

—Señor juez, pase usted más adelante y que entrin toos esus.

—¿Qué?—pregunté extrañado.

—Toos esus—me respondió.

—¿Qué?

—Todos esos.

—¿Quiénes?—dije, mirando alrededor.

—Usted y ése.

—¿Como decía usted «todos esos»!...

—Es que es de la poesía.

—¡Ah! ¿Está usted diciendo una poesía?

—Sí, señor.

—¡Ah! Pues siga. Nosotros venimos a embargarle; pero no nos estorba oírle; al contrario, nos agrada.

El recitador sigue:

—No le dé a usted ansia,
no le dé a usted mío.

—Mi... ¿qué?

—Mío, miedo.

—¡Ah!

—Es que hablo en extremeño.

—El idioma oficial de España es el castellano.

—Sí, sí, es cierto; pero yo...

—Bueno. Siga.

—Si venís antiyel a afligila,
sos tumbo a la puerta;
pero ya s'ha muerto.

—¿Quién?

—Mi mujer.

—¡Caramba, hombre! ¡No sabía

nada! ¡Lo siento de veras! ¡Reciba mi más sentido pésame!

—Gracias. Sigo.

*Embargal, embargal los avios,
que aquí no hay dinero.*

—A eso vamos. No se preocupe.

Mientras procedemos al inventario, él sigue declamando.

Nos dice que todo lo vendió para ella, para comprar medicinas, y que nos llevemos todo... ¡muy amable y muy llanote!...

—Embargal ese sachó de pico—dice—,

y esas jocis clavás en el techo,

y esa segureja,

y ese cacho e liendro.

—¿Cómo?—pregunto.

—Segureja.

—Y eso, ¿qué es?

—¡No lo sé!—responde avergonzado.

—Entonces, ¿cómo vamos a embargarlo?

—Es cierto, es cierto. No me explico por qué he dicho eso.

—¿Tampoco sabrá usted lo que quiere decir «cacho de liendro»?

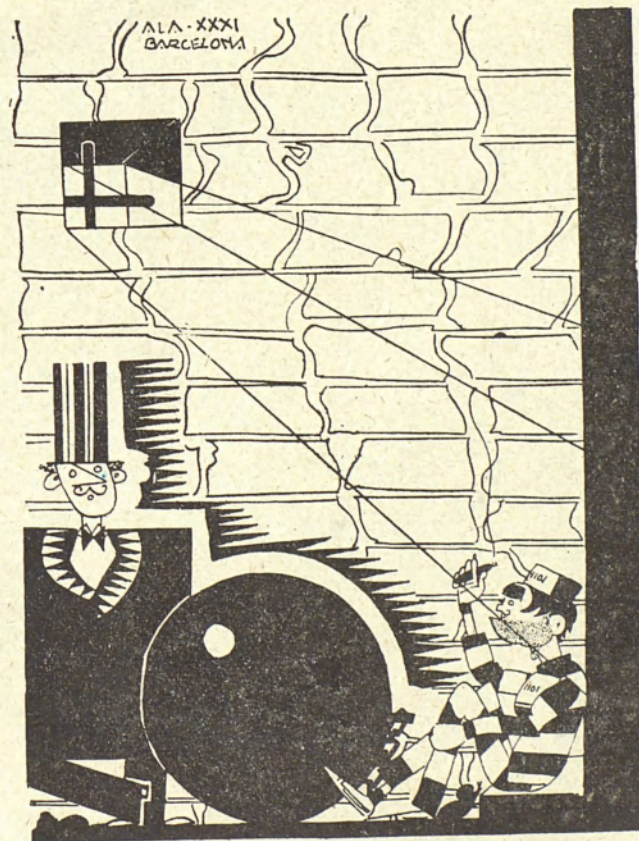
—¡No, señor!—murmura abatidísimo.

Muevo compasivamente la cabeza y le golpeo cariñosamente en el hombro para darle ánimos.

—Siga, siga con la poesía—le insto—. Es bonita. ¡Dice cosas tan finas!...

Parece animarse algo con mis palabras, y nos dice, dando un paso atrás:

—Si tuviá que gánalo pa ella
cualisquier me quitaba a mí eso.
Pero ya no quió ver ese sachó,
ni esas jocis clavás en el techo,
ni esa segureja...



—Y cuando salga de la cárcel, ¿qué piensa usted ser?
—Un anciano.

Dib. ALA. Barcelona.

—¿Otra vez, hombre...? — le interrumpo.

—Ni ese cacho e liendro.

—No tiene usted arreglo.

—¡Comprenda usted...!

—No comprendo nada. Es usted un insensato. No piensa usted nada. No tiene idea del ridículo.

Baja los ojos avergonzado.

—En fin, siga—le concedo.

Y el hombre sigue. Dando dos pasos al frente y frunciendo el ceño da un grito.

Pero ¡a vel, señol jue! ¡Cuidaflo!

—¿Qué pasa?—digo intrigado.

—Si alguno de esos

es osao de tocali a esa cama ondi ella s'ha muerto.

La camita ondi yo la he querio cuando dambos estábamos buenos, la camita ondi yo la he cuidao, la camita ondi estuvo su cuerpo cuatro mesis vivo y una nochi muerto.

Una sonrisa compasiva se retrata en mi rostro y sale favorecida.

El declamador sigue latiguilleando de un modo verdaderamente repugnante.

—Señol jue, que nenguno sea osao de tocali a esa cama ni un pelo, porque aquí lo jinco, delanti usté mesmo.

—Mismo—corrijo.

—Es lo mesmo—contesta.

—Mismo—insisto.

—Bueno.

Lleváiselu todú,
todú, menos esu.

—Bueno; digo, bueno—respondo.

—Que esas mantas tienin suol de su cuerpo...

Y me güelin, me güelin a ella ca ves que las güelo.

—¡Bravo!—grita mi alguacil, sinceramente emocionado.

El recitador saluda sonriente.

Me acerco a la cama. Huele, que da asco.

—¿Pero es verdad que se ha muerto su esposa?—le pregunto, apartando las mantas.

—No, señor—dice sonriente, limpiándose el sudor—. Aquí duermo yo solo.

—¡Ah, ya!

—La poesía está hecha para mí—añade triunfal.

—Pues mire usted, no me parece mal. Usted promete. Pero resulta que nosotros, según el artículo mil cuatrocientos cuarenta y nueve de la ley de Enjuiciamiento civil, no podemos embargar ni la cama, ni las ropas de uso preciso, ni los útiles del trabajo.

—¿Eh?—dice intensamente pálido.

—¡La verdad! Duro es confesarlo, pero así es.

—Entonces, ¿para qué he dicho yo estos versos?

—Eso digo yo. No me lo explico.

—¡Dios mío! ¡Qué ridículo!...

Y el pobre hombre se va humilladísimo.

Me limpio una lágrima de compasión, y hago señas al alguacil para marcharnos y dejarle solo con su fracaso.

Cuando nos vamos oímos una detonación en el cuarto de al lado.

Corremos.

¡La víctima se ha suicidado.

¡Y tengo que embargar y levantar el cadáver!...

¡La verdad es que un juzgado en Extremadura da mucho trabajo.

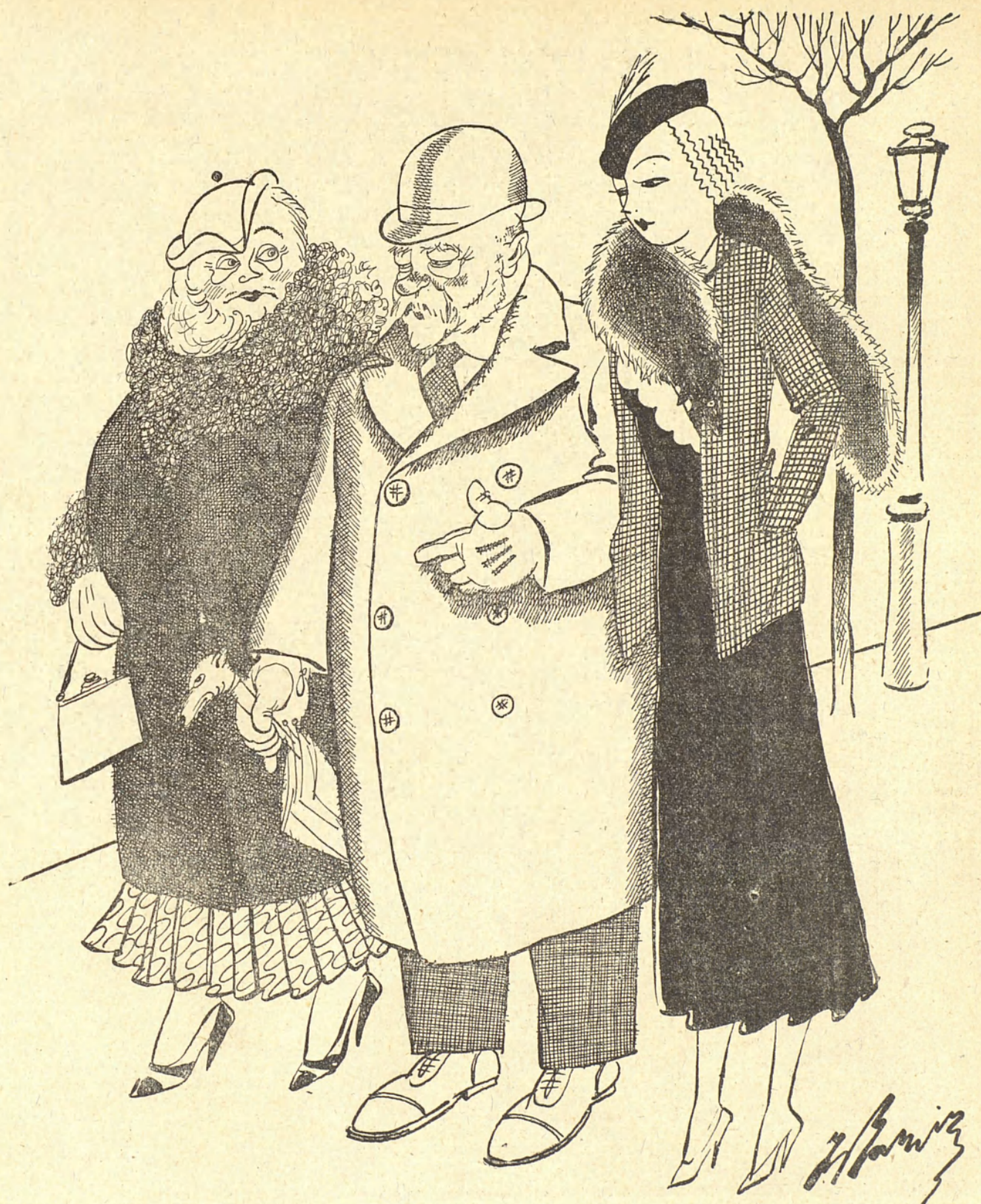


—¡Qué modo de comer tiene este gañán!

—... ¡Ya, ya! Parece un cerdo.

Dib. CASERO. Madrid.

ALFREDO MATILLA.



—Ya mis amigos me han puesto Colón de mote, porque dicen que siempre voy con la Pinta y la Niña.

Dib. RAMÍREZ. Madrid.

EL SUPERÉTER Y LA MODULACIÓN CICLOTÍMICA DE LA FRECUENCIA FARADIAL INTERFERENTE

Hemos tenido noticia de que en el reino de lo invisible están también en crisis y tienen que resolver—como en cualquiera de nuestras ciudades de ahora—el problema de la circulación. Aquí se quedan atascados los carruajes sin poder avanzar ninguno. En París le llaman a ese fenómeno «embotellamiento», no sabemos si debido

a que un líquido embotellado no puede salir más que muy poquito a poco, o debido a que todo aquél que se embaula una botella de vino, se encuentra, por efecto del embotellamiento, con que no puede dar un paso. Se le llame así, o como quiera, la cuestión es que ni en París, ni en Madrid, ni en ninguna capital de este

mundo pueden los coches andar a ciertas horas. Ya nos decía hace tiempo un norteamericano que en América, para andar de prisa, había que ir a pie. Aquí pasa ya con frecuencia cosa análoga.

Los norteamericanos inventaron el coche para ir de prisa, e inventaron la manera de fabricar coches por serie, a fin de que tuviera todo el mundo coche para ganar tiempo. Y mírese por cuánto resulta que ahora el coche vuelve a ser un objeto de lujo, pues sólo pueden usarlo aquellos que no tienen qué hacer ni qué ir a parte alguna con frecuencia. El coche ya no sirve para ayudarnos a vivir, y sólo tiene sentido—como antes—para aquellos que quieren lucirlo, pero no utilizarlo.

Sin embargo, ya se sabe que tampoco yendo a pie consigue nadie ir de prisa a ciertas horas, porque como resulta que las gentes de los coches atascados se bajan para ir a pie, en vista de que el coche no se mueve, quedan las aceras, en el acto, llenas de tal modo de gentío, que no hay quien avance a pie, como no hay quien avance en coche.

El problema de la circulación está, pues, por este mundo, por el mundo visible y tangible, padeciendo un conflicto tremendo.

Pero lo tremendo y grave es que también en el éter hay otro conflicto análogo. Con esto del telégrafo sin hilos, hay ondas de tantas clases y tal enredijo de ondas que van de acá para allá, no diremos sin orden ni concierto, porque conciertos sí hay y ¡demasiados!, pero por lo menos sin orden, y no queda ni un centímetro de éter disponible.

La situación es crítica que es lo peor que puede ocurrirle a una situación. No queda ya éter—dicen—ni para los desmayos de las damas. Las perlas de éter van a estar ya desde ahora tan escasas como las otras. Todo por las ondas de la radio.

Ya nos dijo antaño el poeta que la onda era pérdida. ¡Qué razón tenía el poeta! Nosotros habíamos ya podido comprobarlo viendo la de perfidias que ocultaba la llamada ondulación permanente... La permanencia de esta ondulación es como la eternidad de esos amores que juran adorar toda la vida... Hay quien se ondula a precio de oro por el procedimiento H o B, y luego resulta que tiene que ondularse al poco tiempo de otro modo, por el



—Pues hija, yo, con esa ropa que llevo, nunca tengo frío.

—Ya, ya, tú siempre has sido muy fresco.

Dib. FERSAL. Madrid.



... Hermoso Sol, que iluminas la
[tierra...
y adornas los paseos de verdor...
haciendo que imitemos el rocío
cual «chorro» de vivífico color...

Dib. Desmarvil. El Cairo.

procedimiento L o J, y al cabo de diez permanentes, se le forma tal lío capilar, que no hay ya quien le arregle la cabeza ni por dentro ni por fuera.

Pues eso que le pasa a las ondas con hilos: las ondas de la cabellera, le ocurre a las otras ondas: las del éter. La ondulación al éter está siendo en estos tiempos tan difícil como la ondulación al agua. Hay ondas de tantos tamaños, que el aparato de radio, o es demasiado malo, y entonces no pesca ninguna, o es demasiado bueno, y entonces lo pesca todo —y es peor, porque la zalagarda es horrenda.

En ese mar etéreo donde se pesca con cebos de galena y de bombillas, la onda grande se come a la chica, y el pescador gordo se sorbe toda la pesca. Es un enredijo tal, que va, en una casa cualquiera, y cualquiera de los vecinos pincha con su antena unas cuantas ondas, como si fueran macarrones, y el vecino del principal se queda *in albis*.

Pues bien, para evitar eso, parece que han descubierto una caja misteriosa, según la cual, aunque haya cincuenta veces más ondas de las que ahora se enredan, cada cual podrá coger la onda que le parezca.

¿En qué consiste esa caja?

Nosotros podríamos explicarlo al lector, pero ¿no será mejor que no le expliquemos nada? ¿A ustedes, al fin y al cabo, qué les va ni qué les viene con que nosotros les expliquemos en qué consiste esa caja? Si nosotros lo explicamos bien, bien, bien, lo que

se dice al detalle, se van ustedes a dormir y van a decir que nos ponemos muy pesados. Y si no lo explicamos así, como si no lo explicaríamos. Así que ¿qué más les da? Lo mejor es que nos crean ustedes, bajo nuestra palabra de honor, y nos ahorramos todos muchas otras palabras: nosotros, las palabras que hayamos de emplear en explicar, y ustedes, las que hayan de emplear en renegar de nosotros.

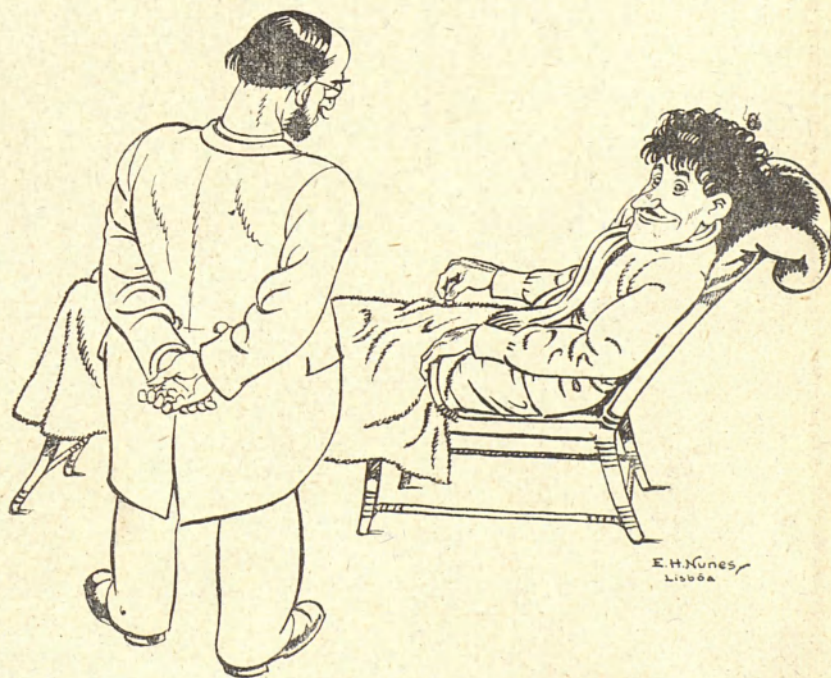
Además de que es inútil; todo lo que explican todos cuando explican una cosa, es perfectamente tonto. La manía de preguntar el por qué de las cosas suele ser inútil y tonto. Cuando llaman a la puerta y suena el timbre, si preguntamos a alguien «¿Por qué suena ese timbre?», y nos contestan: «Porque ha venido el cartero», no nos basta; queremos saber, además, por qué cuando todos—el cartero o cualesquiera—llegan y aprietan el botón el timbre suena. Si entonces se nos dice que suena porque hay un electroimán, y la corriente, al pasar, atrae un martillito, etc., etc., ya nos quedaremos, quizás, más satisfechos; y, no obstante, podríamos lo mismo preguntar por qué cuando la corriente pasa por unos alambres se produce electricidad y se produce la atracción de un martillito. Si no lo preguntamos, nos quedamos tan a oscu-

ras como antes; si lo preguntamos, nos dirán: «Pues porque el éter vibra en esos casos y produce»... lo que sea. Contestación que admite otra pregunta: «¿Por qué cuando pasa eso vibra el éter así?» Y otra vez estaremos en las mismas: o no lo preguntamos, y nos quedamos, por fin, sin saber la última palabra, o seguimos preguntando y nos dicen: «Pues vibra porque sí; porque vibra»...

Así es que, nada: no insistan, ni hagan caso; cuando la cajita se venda y se venda a buen precio, comprenla: si sirve, les servirá; si no les sirve, la tiran. Cualquiera de esas dos cosas habrán de ocurrir lo mismo, expliquemos o no a ustedes en qué pueda consistir el maravilloso invento.

Y dennos ustedes las gracias de que, debido a esta clara inteligencia que el cielo nos ha concedido, y a este buen corazón que poseemos, no les hemos explicado por qué los kilociclos de la corriente media interfiere produce una franja de armónicas que modula la frecuencia ciclónica desde diez a ciento quince, produciendo... produciendo un dolor de cabeza de amplitud y alta frecuencia que no deseamos a ustedes con frecuencia.

MANUEL ABRIL.



El doctor.—Pero ¿no le he recomendado a usted baños fríos todas las mañanas? ¿Es que no tiene usted energía?

El paciente.—No, señor; lo que no tengo es bañera.

Dib. NUNES. Lisboa.



EL PUEBLO JUDIO A TRAVES DE LA ANECDOTA

El doctor José S. Bloch se expresó así en una ocasión:

—Es, en verdad, una merced que Dios nos hace con que nuestros enemigos vengan, de generación en generación, atribuyéndonos toda clase de maldades y defectos, por lo que nos vemos obligados a levantar valientemente la voz contra esas calumnias. Pero, además, con gran frecuencia, los mismos escritores cristianos han demostrado nuestra inocencia. Así, por ejemplo, se nos acusa de comer carne cristiana o de tener que prestar juramento ante los que no son judíos. Nos sentimos fuertes, sin embargo, para gritar de cara al mundo: «Nuestros enemigos nos calumnian.» «No es verdad—replican algunos cristianos—; nada de eso es verdad. A los judíos les está terminantemente prohibido comer carne fresca y tienen que abstenerse de jurar, aun en causas justas, porque así lo establece el Talmud.»

Peor sería, sin embargo, que nuestros enemigos conocieran nuestros verdaderos vicios, las «ventajas» que nos hemos apropiado al cabo de una vida milenaria entre numerosos pueblos del mundo. ¿Cómo podríamos entonces negar esos vicios, si arrasramos con nosotros los de las edades de la historia de los pueblos de Oriente y Occidente?

Sí, es una suerte para nosotros el que nuestros enemigos nos columnien.

El doctor S. Bloch se presentó, cuando tenía diez y ocho años, diputado por Kolomea Buczac Sniatyn; su contrincante era el doctor Emil Byck, rico abogado de Lemberg. Para atraerse a los electores judíos, visitó Byck el dictrito, ofreciéndoles, entre otras cosas, que el pueblo tendría un hospital moderno.

Al llegar Bloch al distrito, le dijeron

los judíos que si bien Byck les había ofrecido una gran cantidad por su elección, a él se la dejarían más barata.

En su discurso ante la Cámara tocó Bloch la cuestión de la compra de votos, refiriendo la siguiente historia:

En un pueblecito de Polonia enfermó gravemente el aguador. Antes de morir llamó a su único hijo y le dijo:

—Fuera de mi caballo y mi carro, nada puedo dejarte, hijo mío; pero, en cambio, voy a darte un buen consejo, que también tiene su valor: Procura tener siempre contenta a tu parroquia y medrarás; pero, además, no olvides nunca lo que voy a decirte: Si te ves obligado alguna vez a

cambiar tu caballo por otro, paga siempre algo encima; pero si ves que quieren comprártelo por más de lo que vale, puedes estar seguro que el que te proponen en cambio es peor que el tuyo.

Una vez que se planteó en el Parlamento austríaco un debate sobre los judíos, dijo un sacerdote católico:

—Dejemos en paz a los muertos.

Al oír esto se levantó José S. Bloch y pidió la palabra para hacer una interpelación, a la que dió principio con la siguiente anécdota:

En la última guerra grecoturca, después de una gran batalla, se hizo una lista con la relación de los muertos y se mandó que un oficial, con su compañía, los enterraran. Mientras se ocupaban en tan triste tarea, se les presentó un soldado que, aunque gravemente herido, se le había dejado tendido en tierra, tomándolo por muerto, y tuvo ahora bastante vitalidad todavía para oponerse energicamente a que le enterraran.

El oficial de la compañía, que no salía de su asombro, le preguntó cómo se llamaba, y después de mirar en su relación de muertos, le dijo:

—Es verdad; pero no sé qué hacer con usted, porque en la lista figura entre los muertos.

Al oír esto, el soldado dió un salto y cuadrándose gritó con todas sus fuerzas:

—¡Presente!

Schneider, el jefe de los antisemitas, interpeló así una vez a Bloch en el Parlamento:

—No hacéis más que hablar de las preeminencias de los judíos, y nunca de sus vicios y maldades.

—Es que no quiero—contestó Bloch—privaros de ese mérito.



—... «En respuesta a su proposición de matrimonio, sírvase enviar fotografía y un mechón de pelo.»

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

F. P. S. (Ciudad Real).—¿Cómo? ¿Que no podemos figurarnos quién es usted? ¿Que no acertamos a descifrar su personalidad?... ¡Pues está usted en un error! ¡Le hemos tañado en el acto! ¡Usted es el asno desconocido!...

A. M. J. (Sevilla).—No tenemos ni la más atómica idea de la composición flamenca a que usted se refiere. Se lo juramos a usted por la salud del excelentísimo señor Don Ordoño I.

A. de P. (Cádiz).
Ese «Chato de Jerez» es una mentecatez...
Es más: es una idiotez...
¡¡Aún más: una estupidez!!
¡¡No lo haga usted otra vez, pardiez!!

C. L. H. (Madrid).—Con el mismo derecho que usted me dice a mí en verso que Quevedo era un chismoso sin talento, le digo yo a usted en prosa que usted es un pollino sin albarda. En vista de lo cual, le vamos a regalar a usted una pero que a escape.

B. G. N. (Tarragona).—Nos va usted a hacer el favor de sacarnos de una horrible duda que nos corroe desde que hemos recibido su narración. «Hojos», con hache, ¿es una enfermedad de la vista?

L. V. A. (Segovia).
Ni yo le tengo a usted rabia, ni aquí se le tiene tirria.
¡Es que esa «Feliz Arabia» es una estupenda birria!

T. M. I. (Valencia).—Su cuento humorístico es eminentemente flojo; y el dibujo que lo ilustra, eximamente imposible. Lo sentimos de un modo egregio y le recomendamos a usted una resignación de las más ilustres.

Saleroso (Málaga).—¡Ay, caballero!... ¡Si el artículo fuese tan saleroso como usted, cuán felices nos hubiera hecho el re-

cibirlo. Pero, por desgracia, no hemos podido gozar de tal felicidad.

Rigoberto Picaporte (Puerto de Santa María).—Su cuento, titulado «Abel», es más malo que Caín, a pesar del absurdo histórico que esto supone.

Llano (Madrid).
Este llano es un marrano en estilo liso y llano.

F. P. C. (Barcelona).—En la traducción que usted nos remite se aprecian dos cosas: que sabe

usted francés (de lo cual nos congratulamos) y que no sabe usted ni esto de castellano (lo cual sentimos una brutalidad).

A. D. R. (Madrid).—Sigue usted tan abstruso, tan cavernoso, tan impenetrable, tan jeroglífico y tan intraducible como la primera vez. ¿Se puede saber hasta cuándo va a durar esto?

T. S. G. (Badajoz).—Su envío merece las siguientes severísimas sanciones: meterle a usted en la cárcel inmediatamente, prender fuego a la cárcel en el

acto y no avisar a los bomberos hasta el año que viene... No bajamos ni un céntimo.

Matías (Toledo).

En los versos de Matías, por lamentable desgracia, hay muchas majaderías y muy poquísima gracia.

P. C. L. (Huelva).—Eso es una barbaridad más grande que cruzar el desierto de Sahara llevándolo de merienda bacalao a la vizcaína.

B. N. G. (Segovia).

Lamento sinceramente que haya usted escrito un cuento sobre un asunto indecente. ¡De veras que lo lamento!

Flora (Oviedo).

Si su novio no la adora y flirtea con Paquita con contumacia traidora, no haga caso, amiga Flora, ¡ni haga versos, señorita!

Lino Lucio (Cartagena).

Compañero Lino Lucio, o amigo Lucio (don Lino): lo que nos manda es muy sucio y hay que ser menos cochino.

Vicente (Alcalá de Henares).

Eso es bastante insolente para nuestro semanario. Aquí, amigo don Vicente, no hay que ser tan ordinario. ¡Luego critica la gente!

C. A. M. (Barcelona).

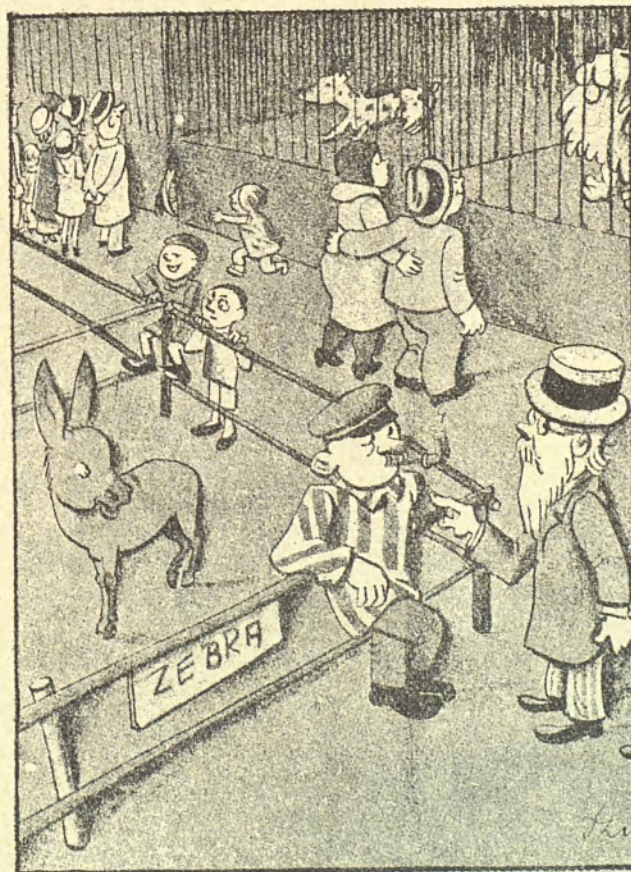
Si yo le llamo morral, le parecerá a usted mal. Y, no obstante, está más feo largarnos ese «Himeneon», tan idiota y tan bestial.

A. T. S. (Madrid).

Es mejor que lo anterior, mas todavía es peor. Hágalo un poco mejor, y le juro, por mi honor, que le haremos el favor de insertarlo. ¡Sí, señor!

Lucía (Jerez de la Frontera).

Beso sus pies, ¡oh, Lucía! pero no su poesía, que, con acuerdo funesto, he precipitado al cesto.



—¿Por qué a ese animal le llaman Cebra?

—Porque efectivamente lo es; pero se ha restregado tanto contra el árbol que produce la goma, que se le han borrado las líneas...

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condicion indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa el Concurso de chistes».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

ACERTIJO

—¿Cuál es el cine más desgraciado de Madrid?

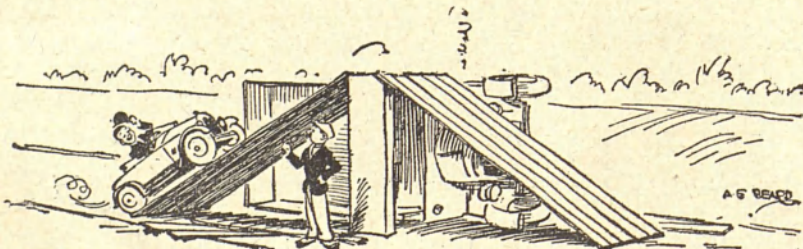
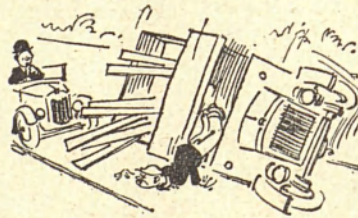
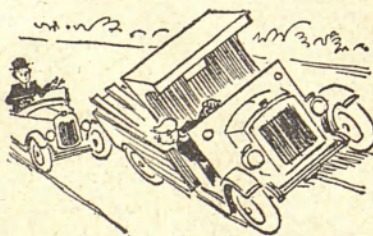
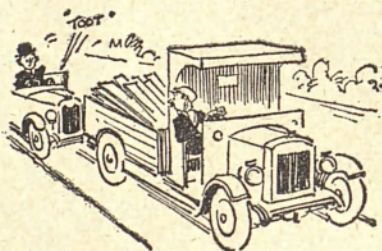
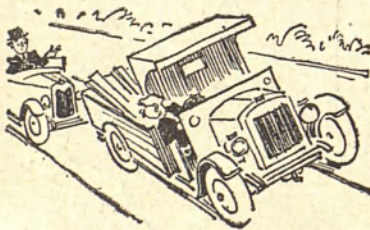
—El del Callao.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

El juez.—Cuando los dos hombres luchaban utilizando como armas las sillas, ¿por qué no intentó usted ponerlos en paz?

El testigo.—Porque no había más sillas, señor juez.

PILAR CONCEINO (Madrid).



La cortesía en la carretera.

(De London Opinion.)

—¿Por qué?

—Porque no puede hablar con el de La Prensa, y lo tiene enfrente.

Juan Baibueno (Madrid).

EN EL COLEGIO

El maestro: —La herida que traes en la cabeza, me figuro que habrá sido por travieso, ¿no?

El hijo del carpintero: —No, señor; ha sido por «traviesa».

Mateo Pascual.

EN CONSULTA

—Doctor, ¿por qué pregunta usted a sus enfermos lo que comen de ordinario cuando están buenos?

—Porque así puedo calcular lo que les debo cobrar.

Benjamín López (Madrid).

EN LA CARNICERIA

—¿Sabe usted, señor Demetrio, si la señá Patro, mi vecina, ha comprado hoy carne?

—¿Lo dice porque es viernes de cuaresma?

—No, señor; es que me falta una gallina.

Pompas Fúnebres (Enguera).

ENTRE NIÑOS

—¡Pobres negros, ya no pueden merendar!

—¿Por qué?

—Porque dijo ayer mi papá, hablando de política, que ya se había acabado «la merienda de negros».

José M. Conde.

EN UN RESTAURANT

—Flojillo es este vino.

—¡Flojo, y tiene ocho años!

—¡Ocho años! Entonces han aguardado ustedes a que estuviera demasiado crecido para bautizarlo.

Mona (Sevilla).

ENTRE «MANZANILLOS»

Chalonga: —Vengo muy disgustado, Chancía.

Chancía: —¡Hombre, tú dirás!

Chalonga: —Que he perdido 50 pesetas por dos palabras.

Chancía: —¿Y cómo ha sido eso?

Chalonga: —Pues hoy por la mañana le he pedido 50 pesetas a un desconocido, y me ha dicho que no... ¡Si llega a decir que sí!...

Fabián (Oviedo).

POCA ROPA

—¿Pero cómo váis tan desechugadas, con el frío que hace?

—Es que vamos de compras, señora.

—¿Y tenéis que ir así?

—Claro; ¿no ve usted que a escote no hay nada caro?

Rompe y Rasga (Madrid).

—¿Cuál es el café más peligroso de Madrid?

—El antiguo Fornos, que ahora es de Riesgo y está en Peligros.

Jerónimo Ruiz.

HISTORIA NATURAL

Profesor: —López, aquí, en su trabajo de Zoología, ha puesto solamente el «grupo» a que pertenece el kanguro. ¿Y la «familia»?

López: —¿La familia? ¡Bien, gracias!

Pietín (Enguera).

A una mujer excesivamente celosa le dice su marido:

—Estamos arruinados y necesitamos abrazar una profesión para poder vivir.

—¡¡Bueno—exclama, encolerizada, la mujer—; abrázala, pero como os vea juntos, os mato a los dos!!

Carlos de León.

—¡Ay, doctor! Dígame la verdad. ¿Cómo está mi hijo?

—Mal. Le encuentro el vientre muy hinchado. El caso es grave.

—¡Hijo de mi alma! Tan bueno, tan inteligente; con la carrera de perito electricista, de perito mercantil, de perito mecánico...

—Tiene la peritonitis, señora.

Julio Sanz (Madrid).

La señora, cantando al piano con voz muy desentonada:

—¡Si yo fuera pájaro!

El marido: —¡Y yo escopeta!

C. Porrillo (Madrid).

COSTUMBRES FEMENINAS

Veinte años dice que cuenta, a todas sus amistades, la ya jamona Vicenta,

lejana en sus mocedades.

En los veinte se ha plantado y de esa cifra no pasa;

cuantas se lo han preguntado procuran tomarlo a guasa.

Es costumbre, en las mujeres, el quitarse algunos años;

pero el espejo, a esos seres, les da muchos desengaños.

Decía don Teodoro:

—Igual hace mi parienta; «tiene más años que un loro, pero se plantó en cuarenta».

León Cembrano (Madrid).

Dos amigos entran en una tienda de bisutería y uno de ellos adquiere un collar negro.

Cuando salen a la calle, el del collar dice al compañero:

—Baratito... Pero a mi mujer le va a parecer de «perlas».

—Pero, ¿hay perlas negras?

M. P. L.

EN EL TRANVIA

Un señor se halla sentado al frente de una señora, la cual

está de pie. Después de algunos momentos, éste quiere levantarse, pero la señora le detiene.

—No se moleste usted—dice ella.

—Dispense usted, pero...

—No, no; le aseguro a usted que prefiero estar de pie—y la dama le empuja suavemente.

—¡Diantre! Si deseo bajarme.

Pedro Grullo.

COLMOS

—¿El de una persona que la lloren los ojos?

—¡...!

—Vivir en Viscaalegre.

—¿El de un camarero?

—¡...!

—Servir «champán» en la copa de un árbol.

Ramperito (Palencia).

Entre un avaro y su criado:

—Señor, ¿abro los balcones para que entre el aire?

—No, no abras. ¿No com-

prendes que si entra al salir se puede llevar algo?

Ramón Jimena López (Jaén).

—Su novia es riquísima, pero es chapada a la antigua. Si usted se casa con ella, habrá de renunciar a fumar y a beber.

—Es verdad; pero si no me caso con ella, ¿tendré que renunciar a comer?

N. N. Fulano.—Stratford-on-Avon (Inglaterra).

EN LA CERVECERIA

—¿Vamos a pedir otra caña?

—¡Que llevas mucha cerveza bebida, a ver si pescas una merluza!

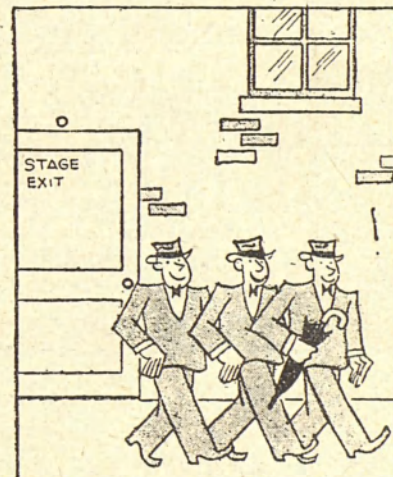
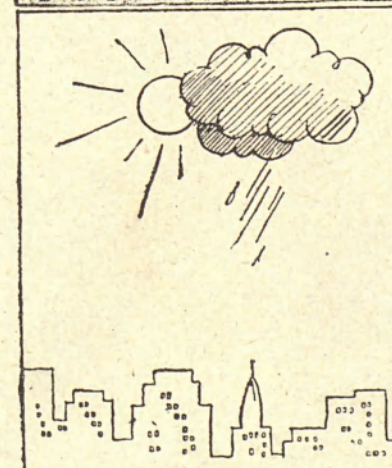
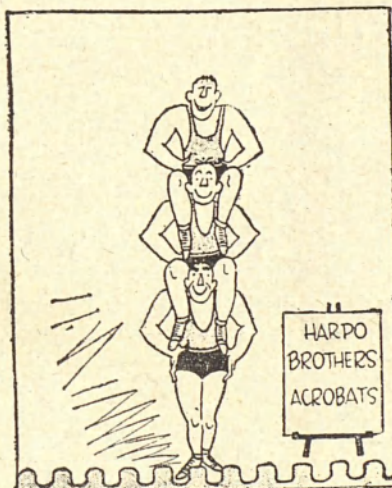
—¿Pero tú has visto pescar u a merluza con una caña?

Alejandro Salcedo.

—¿Cuáles son las autoridades que favorecen al alto clero?

—Los guardias de asalto, porque hacen cada cardenal...

Juanduarte y Estebangómez



Los renombrados acróbatas «Brothers» salen de paseo en un día de lluvia.

(De Everybody's.)

40 FOTOGRAFIAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES

Compuesta de varios modelos de tipo ultramoderno, constituye la colección actual más curiosa. Sólo quedan algunas series sobre papel color carne. Escribid urgentemente. Envío a todos los países bajo sobre cerrado, contra recibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS

CUPON

Correspondiente al núm. 521 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

Casa de las PANTALLAS

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene
Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

BARCELONA HOTEL

BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23

Casi frente Estación

Apeadero de Gracia

Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones

Grandes salones de

reunión con toda clase

de servicios. Pen-

sión desde Ptas. 17'50

Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION

FRASCATI

Cortes. 647

Teléfono 11642

De primer orden para

familias distinguidas y

extranjeros. Trato

esmerado. Baños,

ascensor. Pen-

sión desde Ptas. 12'50.

Cubiertos Ptas. 3'50.

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una. Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.



—Cuando el juez me preguntó por mi edad, no me acordaba si tenía veinticuatro o veinticinco años.
—¿Y qué le contestaste?
—Dieciocho...

BUEN HUMOR



—¿ Vas a los desiertos de Africa y no tienes miedo a los leones?
—No; vivo con mi suegra desde que me casé.

Dib. FOGUES. Valencia.